

Al pie de la catarata, en lo más alto de la misma, entre destellos de luz multicolores, indecisa sobre si salta o no, finalmente se lanza al vacío. La respiración se le corta. El aire helado impacta sobre su cuerpo. Las gotas de agua cristalinas le salpican encima. La velocidad acelera rápidamente su corazón. Cada vez se siente más libre. Y justo cuando está a punto de llegar al fondo, entre un mar de espuma blanca, alza el vuelo sobre las aguas revueltas y se posa en los árboles de la ladera. Desde allí, el “vencejo de catarata” observa el espectáculo de la salvaje naturaleza.

Cristina Tirado

Al pie de la catarata, en el fondo de aquel transparente lago, bajo el sol de aquel utópico lugar, yacía la paz, el amor hacia el prójimo y el equilibrio de la vida. Y por esa razón jamás lo conseguiremos, por eso jamás viviremos en un mundo de igualdad y amor, porque ningún ser humano será capaz en su efímera vida de sumergirse hasta tal profundidad, y empaparse de los auténticos valores que nos hacen personas, y no despreciables seres incapaces de pensar en algo más que no seamos nosotros mismos.

Serena Ruiz

Carac teres

Al pie de la catarata, sentí un escalofrío ante los murmullos de la cascada que se oían continuamente. Pronto empezó a producirse un gran pánico en nuestra tripulación al ver que nos acercábamos al abismo. Cerramos los ojos e instantes después del naufragio, renacimos. Había empezado una nueva “vida”.

J.A. Caturla

Al pie de la catarata el silencio tornó de gris la humanidad, todo intento de subsanar este final sería en vano.

Las últimas lágrimas que caerán serán las hojas secas aferradas al último árbol en pie que, lamentándose, tratará de contemplar su trágico final.

Su soledad brillará, sus raíces viajarán hacia las entrañas de su madre tierra, para hacer de su último suspiro, un nuevo mundo al que amar...

J.J. Portillo

Al pie de la catarata miro al vacío, no sé si esperando encontrar algún consuelo en el ensordecedor sonido del agua o en el leve y parpadeante arcoíris que se aprecia por encima de ese mismo hueco que miro sin pestañear. ¿Se puede uno encandilar con el vacío del mismo modo que se puede llegar a gozar del -ahora inexistente- silencio? Me estremezco. Si la respuesta es No, entonces no sé qué sigo haciendo aquí. Quizá solo estoy haciendo tiempo para lograr escuchar al silencio y poder así preguntarle por qué nunca está cuando se le necesita. Pero no viene. Me cierro la bragueta y me marchó.



Maite Sánchez

Mención Especial

Al pie de la catarata llegué exhausto, arrojé la bicicleta y me desprendí de la mochila, lancé los guantes y el casco, y busqué acomodo en la humedad de la pared rocosa. Sentí un gran alivio al recorrer el agua mi espalda. En mi cara se clavaban infinitas y minúsculas gotitas de vida. Abrí la boca y saqué la lengua. Cerré los ojos y pensé en los amigos no correspondidos.

Al pie de la cascada hay un sendero, de suelo blando y en las zonas de sombra, musgoso y resbaladizo. La luz del sol sobre él semeja telaraña o lluvia fina. Al final del sendero hay una roca y el camino se alza, dificultoso. Sube hasta una planicie desde la que nada suele poder contemplarse: alrededor la bruma se acumula. La bajada es otro sendero hendido por el agua, y uno puede descender sobre los bordes o arrojado al fondo, pero apenas existe lo que sería un centro. Al final hay una roca. Al rodearla puedes ver algo hasta entonces oculto: una cascada. Al pie de la cascada hay un sendero.

Felipe R. Navarro

Al pie de la catarata vi algo o alguien que me deslumbró. Cuando por fin mis ojos enfocaron puede ver algo que nunca imaginé. Era yo...

Mi yo de 6 años se encontraba allí corriendo detrás de una mariposa. Intentando alcanzar lo inalcanzable. Siguió mi yo de 18, ahí estaba yo en mi graduación, pensando en un futuro que por aquel entonces no sabía que no tendría.

Y ahora, ¡mírame! solo veo luces y sombras. No existe un futuro ya para mí. Solo espero que al final de este túnel encuentre mi destino.

Almudena Marín

Andrés Millán



Al pie de la catarata se encontraba él. A qué o a quien le gritaba, nunca lo supe. El rumor del agua al caer silenciaba su agitado corazón.

Cristina Grego

Al pie de la catarata se encontraban todo tipo de criaturas fantásticas, desde ninfas, elfos y hadas hasta dioses y diosas que habían bajado del Olimpo para celebrar el quincuagésimo centenario de la creación del universo. Era una fiesta en la que las disputas y desencuentros se dejaban atrás para dar gracias por poder disfrutar de la vida y aprender en el proceso. La parte más importante de la celebración llegaba cuando todos ellos se daban las manos entre sí formando un gran círculo y el único sonido que se escuchaba era el del agua que caía estruendosamente desde arriba.

Irene Antich

Al pie de la catarata, Vanessa miraba hacia arriba sin entender nada. Manuel, agarrado desesperadamente a la cuerda, había comprendido justo antes de saltar que todo había sido un colosal error. No eran los veinte metros de altura los que lo paralizaban sino su salto al vacío de unos días antes, cuando decidió realizarse practicando deportes extremos en aquella maldita selva con una chica pocos años mayor que su hija. Ahora nunca podría remontar el precipicio de más de veinte años de matrimonio; Rosa no estaría esperándolo arriba con una cuerda como la que ahora aferraba con todas sus fuerzas.

Ricardo Sánchez

Al pie de la catarata yacía un indio herido de muerte llamado Tupamare a su lado Cutipa. Ambos habían saltado desde lo alto del Auyantepuí perseguidos por sus respectivas tribus, que eran enemigas y no aceptaban su amor. Cutipa buscó unas algas para curar a Tupamare y encontró una cueva detrás del salto de agua. Como pudo, llevó a Tupamare dentro y detrás de unos matorrales halló un hospital civil con un equipo médico que les atendió y no poseían carnet de la seguridad social.

Al pie de la catarata encontré lo que había estado buscando durante mucho tiempo, pero me quedé paralizada al sentir tantas emociones, la felicidad que tenía delante de mis ojos era inmensa. No tenía mucho tiempo y sabía que recordaría ese momento como tantos otros recuerdos que no puedo reavivar, pero de repente ese pensamiento desapareció, me contó mientras me mostraba la fotografía.

Miriam Gil

**Carac
teres**

Manuel Asensio

Al pie de la catarata se reúnen los que acaban de saltar desde arriba en una competición anual. El ganador de las últimas ediciones presume de ser el mejor y se burla de los que han quedado últimos cuando, de repente, muerde un trozo de metal y sale disparado hacia arriba fuera del agua.

Será muy bueno saltando pero se ha tragado todo el anzuelo, dicen los demás peces y con las risas hacen burbujas en el agua.



Al pie de la catarata un indio yacía

y dónde se encontraba un tesoro él sabía,

así que se puso a buscarlo

al pensar en: “¿allí que vería?”,

al fin dio con él; más tarde lo abrió;

problema no tuvo al ver que no había

nada de valor,

pues no le interesaba sino a su acompañante

que así, sin más, desapareció.

Manuel Asensio

Al pie de la catarata se extendía la gran Laguna de Canaima. Después de una dura jornada y solo me separaba de la meta el camino que serpenteaba hasta el salto de agua. Mis pies descalzos sentían la humedad de la tierra, corría y pisaba las hojas y raíces que cubrían el camino. Durante un buen rato apenas pude levantar la cabeza, mis brazos levantados apartaban las ramas que chocaban contra mí. De pronto, el agua comenzó a salpicar entre los árboles y el Sol me dio en la cara. Me encontré frente a él, el inmenso y mágico arcoíris que atravesaba de parte a parte la Laguna... mi Laguna.

Inés Figueroa

Al pie de la catarata pude escuchar un sonido chirriante parecido al de un motor, tenía que escapar de allí, me perseguía la policía, esta situación ya se había repetido un par de veces más. Sin pensármelo dos veces remé con todas mis fuerzas hasta llegar a la orilla, por suerte el sonido de la barca cesó. Al día siguiente continué mi ruta, a mitad del camino un ruido interrumpió aquel silencio, esta vez el sonido no paró. Miré a mi alrededor, allí estaba yo rodeada de agua, me situé al pie de la catarata, el sonido era mucho más fuerte, todo este tiempo había estado huyendo de las cataratas.

María Pérez

Al pie de la catarata yacía inerte. Sus ojos grandes y azules estaban tristes y cansados por primera vez en muchos años, quizá fue la pesadez del tiempo, que a pesar de no existir lo perdemos cada vez más rápido. Tan solo sabía que su piel tenue y pálida había sido rasguñada, sus extremidades huesudas y fuertes estaban repletas de heridas. Y fue por eso por lo que me marché, porque ya nada podía hacer que mi compañera de viajes siguiera ayudándome a adentrarme en la selva. Fue breve pero espectacular, el cariño que un animal puede llegar a dar...

Marta Navarro

300 Carac
600 teres

Al pie de la catarata me encontraba yo empezando a darme por vencido, pero recuperé la esperanza al recordar mi razón de viaje, así que continué mi camino hacia el bosque profundo. Había muchas ramas caídas por donde pisaba, no era sorprendente el perderme, pero proseguí sin preocupación para encontrar a la mujer gris, uno de los siete animales mágicos del bosque aullante, este ser mitad mujer mitad oveja concedía un deseo curativo o dañino al que lo cazaba. Unos momentos más tarde en un claro del bosque, bebiendo de un charco de agua la encontré, la solución a las penas de madre.

Alejandro León

Al pie de la catarata vi
un hombre dispuesto a tirarse.
Cuando llegué, no había nadie.
Alejandra Campos

Al pie de la catarata el muchacho
recordó la razón por la que se encontraba en
aquel lugar. Murmullos, burlas y risas.
Huérfano, solo y triste. Así fue como el joven
se precipitó.

Constanta Iorga

Al pie de la catarata encontraron el cuerpo.
Constanta Iorga

Al pie de la catarata tres peces bordados parecían
agitar sus aletas entre la espuma. Brillantes gotitas
flotaban trabajadas en realce sobre el fondo azul cielo.
Abajo, junto al dobladillo, una garza reflexiva observaba el
fondo de las aguas mansas.

La geisha extendió su mano lívida para servir el té y otra
garza, esta vez al borde de la manga, abrió sus alas de
seda sobre el centro mismo de la mesa. Cayó en cascada
el té verde sobre nuestros cuencos de porcelana... Y de
pronto, el mundo se desvaneció: ella se retiraba de la
estancia llevándose consigo sus garzas, sus peces, el
agua y el cielo.

Arancha Urbizu

